

## PASCUAL ORTIZ RUBIO

Nació en Morelia, Mich, el 10 de marzo de 1877. Falleció en México en 1963.

Ingeniero, general revolucionario, Presidente de la República, 1930-32. Escribió: *Historia de Michoacán* (1920); *La Revolución de 1910. Apuntes Históricos* (1919, 2a. ed. 1947); *Apuntes geográficos del Estado de Michoacán de Ocampo* (1917); *Memorias de un penitente* (1916); *Discursos políticos 1929* (1930) y otras más.

Se han referido a él: Francisco Díaz Babio, *Actividades de Pascual Ortiz Rubio*, México, D. F. Imp. Aguilar, 1929, 563-VI p. Ils.; José Ugalde, *¿Quién es Ortiz Rubio?* México, [s.e.] 1929; *Tres interesantes documentos relacionados con la campaña Ortizrubista* [s.p.i.] José Vasconcelos en su obra autobiográfica se refiere numerosas veces a quien fue su contrincante para Presidente de la República.

Fuente: Pascual Ortiz Rubio: *La Revolución de 1910. Apuntes históricos*. 2a. ed. México, Ediciones Botas, 1937. 390 p. p. 153-159.

### AQUILES SERDAN Y EL INICIO DE LA REVOLUCION

Ante la actitud decidida del ciudadano don Francisco I. Madero, que desde los Estados Unidos mandó su Plan de San Luis Potosí a todos sus correligionarios y amigos de la República Mexicana, la mayor parte contestaron aceptando el movimiento que se anunciaba, y se fijó la fecha del 20 de noviembre de ese año, 1910, para hacer un levantamiento en todo el país, derrocar a las autoridades y establecer un gobierno provisional para convocar a nuevas elecciones.

Ya todo preparado, en la ciudad de Puebla los hermanos Serdán eran los comisionados para hacer allí la revolución; pero la policía tuvo noticia, porque los vigilaba estrechamente, de que tenían un depósito de armas, y entonces, el 19 de noviembre, Miguel Cabrera, que era el jefe de la Policía, y un singular número de gendarmes, se presentaron en la casa de los Serdán a hacer un cateo. Dichos individuos fueron recibidos a balazos y Cabrera muerto en la refriega. Rechazada la policía se presentaron bastantes fuerzas y establecieron un verdadero sitio a la casa de Aquiles Serdán, que fue sostenido

valientemente por éste, su esposa, su hermana y hermanos y algunos de sus amigos, donde se distinguió como heroína la hermana de los Serdán.

Después de varias horas de lucha y cuando habían causado a las tropas del gobierno numerosas bajas y ellos habían quedado reducidos a su mínima expresión, trataron de ocultarse los pocos supervivientes huyendo por las azoteas vecinas, y Aquiles Serdán, en un escondite que había preparado bajo el piso, en previsión de cualquiera eventualidad. Cuando ya la casa estaba toda en silencio y Serdán creyó que se habían retirado los soldados, hizo algún ruido, lo que fue suficiente para que fuese descubierto y muerto a balazos allí mismo.

En el hermoso libro *Apuntes Históricos* escrito por el actual Secretario de Gobernación de Costa Rica, don Rogelio Fernández Güel, dice: "No se puede condenar y absolver al mismo tiempo, y ante la Historia vale tanto la carabina de Aquiles, poblano, como la pistola de Desmoulin en el Palais Royal, porque ambas estaban destinadas a hacer saltar un polvorín.

"La Francia de 89 revive en la América con sus heroísmos, sus virtudes y sus crímenes, y se llama México.

"El general Díaz era un déspota glorioso, como Pedro el Grande o Solimán el Magnífico; pero México, la patria de Juárez, de Lerdo, de Iglesias, de Altamirano, de grandes e ilustres estadistas que habían formulado la constitución más liberal y republicana del mundo, no era la Rusia de Knout y de la coloda, ni la Turquía del fanatismo y del deleite."

La conmoción que causó este acontecimiento en toda la República fue inmensa, y lejos de amedrentar a los antiguos anti-reeleccionistas, el heroico ejemplo de los Serdán levantó los ánimos, y muy pronto se supo de numerosos levantamientos.

Por esos días el señor Madero declaró en San Antonio, Texas, en un manifiesto al pueblo de los Estados Unidos, que una revolución en México se hacía inevitable, tanto por el estado de esclavitud en que el general Díaz tenía a su pueblo, cuanto por los atropellos cometidos durante las elecciones, la violación al decretar reelecto al general Díaz y algunos procedimientos brutales, como el que se verificó en la ciudad de México, durante las fiestas del Centenario, en que un grupo de independientes organizó una manifestación que fue disuelta por la policía con procedimientos, como dije, demasiado brutales,

En Buena Vista, del Estado de Sonora, fueron aprehendidas varias personas acusadas de conspirar contra el gobierno federal y llevadas a Cananea, con objeto de internarlas en la pri-

sión. Por estas aprehensiones, los documentos encontrados en la casa de Aquiles Serdán y algunos otros, supo el gobierno de la bien organizada revolución, y para justificar las aprehensiones que siguieron, don Guillermo de Landa y Escandón, que era el gobernador del Distrito Federal, hizo declaraciones a la prensa diciendo que el gobierno estaba preparado para sofocar cualquier motín, y que el 20 de noviembre, fecha señalada, al parecer, para el principio de un movimiento antigobiernista, pasaría tranquilo como los anteriores.

El mismo general Díaz respondió a un telegrama enviado por Mr. Charles Wilson, de la Raychmond & Whitecome Co., diciendo:

“Informado su cablegrama de ayer, aunque sin gran importancia para la paz de la República, un grupo de anarquistas, porque así pueden ser considerados, ha conseguido con sus hechos que la justicia los juzgue ahora para castigarlos con toda energía, mientras el principal promotor cae en poder de las autoridades, quienes se proponen proceder dentro de la ley con toda la severidad que ésta lo permita.”

Los anarquistas a que se refería el general Díaz eran, entre otros, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, Francisco Cosío Robelo, José I. Lugo, Enrique Bordes Mangel, Abel Serratos y Manuel Urquidí, y algunos otros prominentes antirreleccionistas que fueron aprehendidos por creérseles unidos en la conspiración.

Tan luego como los Estados Unidos se dieron cuenta de la importancia de los acontecimientos en México, hicieron que el regimiento 23 de Artillería se moviera hacia la frontera, en calidad de observación.

Hay que fijarse en este hecho, en la entrevista Creelman y en el cable de Díaz a Charles Wilson, y no dejará de llamar la atención el interés de los Estados Unidos en nuestros asuntos y la actitud de Díaz.

El día 21 de noviembre, en Ciudad Guerrero, Coahuila, hubo un motín muy considerable y las autoridades se vieron precisadas a declarar allí la Ley Marcial.

Como ya los acontecimientos se repetían con rapidez, el general Díaz pensó que si lograba interesar a los Estados Unidos de alguna manera para que éstos, lejos de proporcionar elementos a los revolucionarios, los persiguiesen, como lo habían hecho ya en el movimiento iniciado por los hermanos Flores Magón algunos años antes, tendría esperanzas de sostenerse;

en efecto; consiguió que muchas autoridades de la frontera dieran disposiciones encaminadas a aprehender a don Francisco I. Madero, bajo la acusación de que estaba violando la neutralidad de los Estados Unidos.

Las autoridades americanas, además de preocupadas —como digo arriba— por los movimientos de la República, tuvieron noticia de que en los últimos días habían cruzado la frontera más de dos mil mexicanos, llevando armas y municiones para tomar parte en el incipiente movimiento revolucionario. Siguió la movilización, con este motivo, de tropas americanas, y fue enviado a la frontera el tercer Regimiento de Artillería.

El gobierno mexicano impidió la comunicación telegráfica entre México y Puebla, reservándola tan sólo para usos militares.

Como en Torreón y Gómez Palacio había habido siempre muchos descontentos de la administración del general Díaz y fue donde más eco tuvo la propaganda libertaria de don Francisco I. Madero, al comenzar la revolución hubo allí tales movimientos, que se creyó por un momento que la población en masa se levantaría.

Otro de los lugares donde cundió poderosamente el movimiento revolucionario fue el sitio en que mayor había sido la crueldad y los atropellos de la gente del general Díaz, la región del Yaqui, donde la mayor parte de los indios ofrecieron su cooperación inmediata al señor Madero.

En la frontera, del lado de los Estados Unidos, fueron aprehendidas más de doscientas personas, a petición del gobierno mexicano.

El 22 de noviembre se supo que el señor Madero había cruzado la frontera, cerca de Piedras Negras, para tomar la jefatura de la revolución, guiado por un individuo, Albino Flores, que lo condujo a un lugar llamado Carrizo Springs, en donde se unió con alguna gente armada para dirigirse a la captura de Piedras Negras.

Ese mismo día y después de haberse convencido de que las comunicaciones con Gómez Palacio estaban interrumpidas, el porfirista don Diego Redo a duras penas admitió que dicha población estaba en poder de los revolucionarios; pero indicó que el gobierno la recobraría muy pronto para restablecer otra vez un gobierno normal.

El gobierno mexicano pidió a los Estados Unidos la aprehensión del guía de Madero, Albino Flores, y la decomisación de los caballos que le sirvieron para el transporte. La conse-

cuenta política americana, en favor de Díaz, le concedió ambas cosas.

Al día siguiente, 28, se supo por todas partes que Torreón había caído en manos de los rebeldes y que se había comenzado un ataque a Casas Grandes.

Como en tan pocos días la agitación era tan considerable, sobre todo en los Estados fronterizos, se dio orden a la Guardia Nacional de Texas para que se alistase con el objeto de ir a la frontera a guardar la neutralidad de su territorio.

Don Francisco L. de la Barra, que era entonces el embajador de México en Wáshington declaró que las tropas mexicanas formaban un inmenso cordón sobre el río Bravo, y en perfecta armonía con las tropas americanas vigilaban estrictamente por la neutralidad de la frontera.

Ese mismo día fue enviado en esa dirección el 3er. Regimiento de Caballería americano, con su cuartel general en El Paso, Tex.

El día 24 de noviembre circuló profusamente una proclama de don Francisco I. Madero, declarándose Presidente Provisional de la República Mexicana, expresando al pueblo con la sinceridad y llaneza en él características, los sentimientos que lo animaban al lanzarse a la revolución, y diciendo a los extranjeros que nada debían temer de los revolucionarios, quienes respetarían sus vidas y sus intereses.

El movimiento revolucionario había tomado tal importancia que se desarrollaban los acontecimientos precipitadamente y no se oían sino noticias de ataques a tal o cual plaza, de interrupción de comunicaciones y de significativos movimientos militares. Las comunicaciones con Casas Grandes fueron interrumpidas.

El ramal de Madera, en el Estado de Coahuila, quedó en poder de los rebeldes.

La ciudad de Chihuahua se sentía amenazada.

Ante todo esto, el general Díaz se valía de cuantos medios estaban a su alcance para hacer creer a los Estados Unidos que el movimiento no tenía importancia. Después de las declaraciones de Landa y Escandón, de Redo y del mensaje del mismo general Díaz, se valió de un ingeniero norteamericano, G. H. Mac Boy, para que fuese a los Estados Unidos e hiciese declaraciones de que, habiendo recorrido gran parte del país, se había dado cuenta de la desorganización de los rebeldes, y que con unos cuantos soldados federales bastaría para acabar con ellos.

Mr. Brown, que era el presidente de los Ferrocarriles Nacionales de México, movido por el mismo resorte, telegrafiaba a su gobierno y a la prensa de los Estados Unidos, para hacer saber que el gobierno mexicano había controlado la situación fácilmente, y que el movimiento sería ahogado por completo en unas cuantas semanas.

Y hay una nota contradictoria y risible del gobierno mexicano en que dice, que está en posesión de todas las poblaciones de importancia de la frontera; pero confiesa su impotencia para saber en donde se encuentra don Francisco I. Madero.

El 25 de noviembre, los federales, desesperados por no encontrar al señor Madero, al llegar a una de las haciendas de él, despechados, se llevaron doscientos cincuenta caballos de su propiedad.

En Parral, Jiménez y Chihuahua, son sofocados varios tumultos que se desarrollaban allí.

El general Jerónimo Treviño recibió órdenes de trasladarse con sus tropas de Monterrey a Saltillo, pues se temía, y con razón, que la región lagunera, donde era tan conocido don Francisco I. Madero y donde sus prédicas habían hecho mayor efecto, fuese el centro poderoso del movimiento que con tanto vigor había comenzado.

El gobierno mexicano ordenó la confiscación de los bienes de la familia Madero.

Por esos días también se registraron motines en Matamoros y en Tepic.